

# Manuel Formoso

El periodismo costarricense de las últimas cuatro décadas tiene que inscribir en sus anales la figura prócer de don Manuel Formoso Peña. Su vida de periodista está íntimamente vinculada a esa época de transformación y lucha intestina del país. Fue precisamente ese destino de periodista nato lo que hizo de él, a fuer de bregar en la noticia y en las vicisitudes de su país adoptivo, un costarricense de alma y corazón. El joven alto y recio que arribara a este pequeño rincón de América desde tierras aragonesas, lleno de ideales, no pudo presentir que andando el tiempo su singladura por el árido territorio de nuestra vida pública, iba a calar muy hondo. Pero los años pasan y de pronto, casi sin darnos cuenta, ocurre que don Manuel se retira. Se nos va de esta empresa a que dedicó sus mejores esfuerzos, las luces de su madurez profesional y la hombría de bien que al cabo de su trayectoria periodística adquirió el rango de una filosofía de la vida.

Don Manuel recorrió el periodismo palmo a palmo, desde reportero, redactor y cronista parlamentario, hasta columnista y editorialista. Su pluma ágil, penetrante y su gran capacidad para aprehender lo medular de las situaciones y acontecimientos sobre los cuales tenía que escribir, lo destacaron como un comentarista sagaz, de fina socarronería, preciso y acertado. Como tal abrió y mantuvo en nuestro periódico "La columna", una de las secciones más leídas y celebradas del periodismo nacional. Desde ahí fustigó en comentarios cortos a funcionarios y políticos y apostilló con lenguaje vernáculo a veces y siempre con elegancia, las publicaciones y declaraciones de los gobernantes. Un profundo conocimiento del proceso político de su tiempo, en el cual no sólo actuó como observador perspicaz, sino también como protagonista, fue la base de su labor editorial en la que, en estrecha colaboración con don Ricardo Castro Beeche y don Joaquín Vargas Coto, otros dos pilares del periodismo costarricense, fue trazando la línea de pensamiento de nuestro periódico, y definiendo su posición de principio ante la realidad del país. Tuvo intervenciones patrióticas y decisivas como amigable componedor, a solicitud del gobierno, como en el caso de la fa-

mosa huelga del Atlántico en tiempos de la administración de don Ricardo Jiménez. Sus buenos oficios fueron factor de importancia en la solución de ese diferendo laboral.

Desde la página editorial de La Nación, don Manuel enfocó problemas, situaciones políticas, gestiones administrativas, proyectos de ley y otros asuntos públicos de parecida naturaleza, no solamente con estudio responsable y prolijo de cada caso, sino conforme a su permanente actitud de defensa de la institucionalidad costarricense. En esta faena de largos años se vio muchas veces envuelto en controversias con los gobernantes de turno, destacándose en ellas su vigor de buen polemista y su insobornable adhesión a los principios de libertad y respeto a la dignidad de las personas.

Esos largos años de trabajo y de contribución al país le valieron justa y merecidamente, el premio Nacional de Periodismo del año 1967. Porque su labor periodística tuvo la virtud de trascender el oficio para proyectarse hacia la acción, combinando de esta manera, felizmente, la tarea puramente informativa o de denuncia, con la de la realización de las cosas. Así fue como por iniciativa suya se echó a andar el plan de dotación de puentes para la rústica de Limón, campaña en la cual jugó un papel determinante y que le valió luego el otorgamiento del premio SIP Mergenthaler; impulsó el proyecto de viviendas Tres Equis en beneficio de los damnificados de los temporales del Atlántico; promovió el movimiento de ayuda a las víctimas del terremoto de Managua; participó en la adquisición de la bomba de cobalto y, finalmente, en la cruzada de reforestación junto al Movimiento de Juventudes, empeño este en que quiere continuar hasta su coronación final.

Pocas veces una vida tan fecunda y tan inclinada al servicio público ha tenido, además, tan larga trayectoria. Por esto es que si bien don Manuel Formoso Peña deja el periodismo y se va de La Nación para recoger, como es su propósito, las mejores experiencias de su vida en un futuro libro, su huella, su ejemplo, su energía y su visión clara de nuestras realidades seguirán marcando para nosotros y para el periodismo nacional caminos nobles y seguros.

